



Julio 2011.
Barcelona.

Estimados alumnos:

El vocablo *alumno* procede de la lengua latina, progenitora de todos los idiomas románicos como el castellano, el francés, el italiano, el portugués, el catalán... El verbo *álere* significó “alimentar”, entre los romanos, teniendo como participio *alumnus*, que podemos traducir por: “aquél que se alimenta o nutre”.

Tal etimología u origen histórico del término *alumno* no resulta gratuito, no acaba en simple atavío o aderezo. Posee bulto; no es sombra de realidad. Palabras hay, como ésta, que hacen aparición porque los humanos en sus tratos lingüísticos objetivan experiencias interiores de cierto calibre. Alimentarse, con leche o con carne, resultó algo primario y urgente. Quien no se nutre, fallece, deja de vivir y, por tanto, abandona la existencia trasladándose al mundo de la nada. Se alimenta el bebé e igualmente se sustentan la joven, el varón y la anciana. No importa qué ser humano, por consiguiente, consiste en ser *alumno*, en ser “aquél que se nutre” sin respiro, sin detenerse. Únicamente los cadáveres desconocen el alimento; muy al revés, éstos pasan a ser pasto y mantenimiento de gusanos o vermes.

Tanto en pedagogía —discurso teórico— como en educación —actividad productora del ser humano— nos valemos de la dicción *alumno*. Así, vosotros sois alumnos y no vulgares clientes de un centro escolar.

¿Qué ha sucedido semánticamente?. La semántica es el estudio del significado de los signos lingüísticos. ¿Qué ha pasado que el significante latino *alumnus* —que significó: el que se alimenta— ha saltado, y ha asaltado, el espacio de la educación y de la pedagogía no contentándose con quedar circunscrito al campo de la nutrición digestiva?. ¿Una metáfora?, desde luego. Pero la metáfora no es cosa baldía, sino hecho que disfruta de consistencia. El filósofo griego Aristóteles, en el siglo IV a.C., en su libro *La Retórica* definió ya la metáfora como el traslado, a una cosa, del nombre que designa otra. ¿Qué permite este salto atrevido? la semejanza o analogía entre ambas realidades. Comer un bocadillo de jamón, por tanto, y estudiar la fisión del átomo en Física constituyen trajines parecidos. ¿Por ventura os parece que no es así?. Nuestros organismos comienzan por poco partiendo de un punto cero —un óvulo fecundado— y luego crecen hasta alcanzar el grado de adultos. ¿Con qué medios se logra tal resultado que *plus minusve* parece milagroso?, pues ni más ni menos que valiéndose de la alimentación adecuada. Parejamente nuestros espíritus, al principio casi nada, elemental posibilidad, pueden desarrollarse hasta



elevarse a la cima de lo maduro o adulto, de la *akmé* decían los pensadores griegos. ¿De qué se sirve, el espíritu, para abrazar su madurez? de la educación, de los procesos educativos. Estos constituyen su alimento. La metáfora queda servida. Sois alumnos alimentándoos a base de educación.

Os platico a continuación de la nutrición educativa, análoga de la alimentación orgánica. Se arranca de una plataforma insoslayable, desprovistos de la cual no se da proceso educativo alguno. ¿Cuál es esta peana o estrado primigenio?, el código genético que proviene de la naturaleza valiéndose de papá y mamá. Un código genético no constituye un dictado inexorable, sino un abanico de posibilidades que acto seguido la educación concretará. Cada acto educativo es definitorio de la genética recibida moldeándonos una personalidad precisa. He escrito *definitorio*, no definitivo. En cada biografía singular contamos con un solo acto definitivo y éste se produce *in hora mortis*, en el instante de fenecer.

Lo que denominamos coloquialmente *mundo real* es realidad bicéfala, presenta dos modalidades diferenciadas: la naturaleza evolutiva y la civilización histórica. En la naturaleza, o *Physis* en griego, se da el cambio sin propósito alguno; en cambio, las civilizaciones se transforman con alguna que otra finalidad.

Podéis preguntaros de dónde salió la primera civilización, o *Polis* en griego, no reducible a hecho totalmente natural. Se han proporcionado históricamente dos modelos mayúsculos: el religioso y el científico. Según el primer esquema, Dios o el Apabullante, el Absoluto, insufló alma al ser humano convirtiéndole de tal guisa en semejanza suya. El alma espiritual puso en marcha a la civilización. El segundo modelo, el científico, considera que el sistema nervioso anclado en el cerebro ha ido complicándose a lo largo de millones de años hasta el punto de concretarse en un cerebro, el del *Homo Sapiens*, tan hiperformalizado que frente a un estímulo exterior no se halla en condiciones de dar una única y automática respuesta, quedando perplejo sin saber a qué atenerse. Contamos con 14.000 millones de neuronas, cada una conectada con 10.000. El animal que llegó a este punto —es decir, nosotros—, no pudo ya despacharse a base de estímulo-respuesta. Necesitó, además, un repertorio de respuestas entre las cuales elegir. Así hizo aparición la civilización.

Con el término *civilización* señalo tres esferas: la cultura o manera de ver el mundo, la técnica o modo de transformar al mundo y, por último, las instituciones sociales o forma de instalarse colectivamente en el mundo.

El código genético posibilita el aprendizaje de civilizaciones, pero él no dicta ninguna. ¿Cómo aprendemos geografía o la forma de manejar el ordenador o bien de vivir en familia o en sociedad democrática?, sencillamente, gracias a la educación inteligida como aprendizaje o *learning*. Los educadores nos han proporcionado informaciones acerca de nuestra civilización como asimismo nos han despertado actitudes o emociones ante la civilización, y también nos han inculcado habilidades a fin de despacharnos con cierta eficacia al contacto con la civilización.

Hasta aquí las cosas parecen claras y distintas. Ahora bien; ¿habéis caído en la cuenta de que no sois señores ni del código genético —él os tiene a vosotros—, ni tampoco de los procesos educadores en los que habéis crecido inmersos tragando por necesidad informaciones recibidas, soportando emociones inculcadas y adaptando vuestra psicomotricidad a base de habilidades que otros han decidido?. De no contar con más extremos



vuestras biografías muy poco poseen que sea vuestro, existiendo en permanente alteración —del latín *alter*, el otro, y de *alterum*, lo otro—. Si sólo disponemos de “educación-aprendizaje” vuestro comportamiento no se diferencia, en lo esencial, de la doma de animales para el circo.

Pero ando persuadido de que enfrente de la educación *learning* es posible otro modelo educador que califico de educación liberadora, la cual en vez de producir individuos alterados, permite el nacimiento de personas ensimismadas, las cuales existen en, y desde, sí mismas.

¿Me preguntáis por qué no haber proporcionado esta segunda educación ya desde el inicio? por una razón muy simple: de no dominar unas 1.200 palabras del lenguaje coloquial y algún que otro lenguaje especializado —de ingeniería o de derecho, pongamos por caso—, la educación liberadora no va más allá de ser ensueño y fantasía. Lo ordinario es simplemente cambiar de dictador; en vez de los padres y de los profesores pasa a dictaros un amigo o acaso un vulgar compinche.

¿Dónde reside el hontanar de la educación liberadora que os convertirá en *ensimismados*, en personas que viven desde sí mismas?, obviamente en el acto de conciencia merced al cual no sólo percibimos el mundo, tenemos emociones, discurrimos y actuamos sobre el entorno, sino que además nos apercebimos o caemos en la cuenta de nuestra vida sensitiva, emocional, razonadora y activa. Darme cuenta de que pienso o de que amo, jamás coincide con lo pensado o con lo amado. El acto de conciencia —inexorablemente personal e intransferible— coloca distancia entre mi yo que vive y mi yo que se apercebe de ello, que cae en la cuenta de la propia vida. La distancia descubierta entre mis vivencias y mi apercepción de las mismas posibilita la única libertad valiosa del ser humano. Calificar de libertad al acto de hacer lo que me venga en gana no supera a la libertad zoológica, la del jabalí o del ciervo salvaje.

Os invito una vez dominados los lenguajes pertinentes a que os convirtáis a la educación liberadora. Esta será entonces vuestra y no cosa mostrenca. Esforcémonos por existir “en-si-mismados”. Se trata, no obstante, de una tarea, de una ocupación; jamás es cuestión de un logro o de una ganancia. El ser humano consiste en hacerse, en *feri* según el latín, en *Werden* según la lengua alemana, en *devenir* en francés; el *ánthropos* no va más allá de ser proyecto y esfuerzo, nunca es realidad conclusa.

La libertad es, por tanto, un desafío que brota del acto de conciencia singular. Nuestro sino o destino es el *agón* —“combate” en griego—; cada quien es, y sólo es, *agonístés* —“luchador” en lengua griega—. La paz y la quietud son cosa de muertos, de cadáveres y vosotros estáis vivos.

Con afecto.

Octavi Fullat.